

Ello no empaña las muchas cualidades de la obra, algunas ya mencionadas, amplitud de información, equilibrio de criterio, serenidad y talante expositivo, calidad de la bibliografía ofrecida y efectivamente manejada. Todo desde esa legítima y necesaria preferencia por la clarificación doctrinal tan necesaria en nuestros días.

Nuestra felicitación muy sincera al autor, y también a la editorial Herder, por su trabajo pulcro y atractivo, digno de todo elogio.—JOSÉ R. G.^a-MURGA.

ANDRÉS TORRES QUEIRUGA, *Fin del cristianismo premoderno (Retos hacia un nuevo horizonte)*, Sal Terrae, Santander 2000, 216 pp., ISBN 84-293-1379-6.

La fuerte conciencia de estar viviendo un momento histórico único ha hecho que Andrés Torres Queiruga, con un lenguaje sin concesiones y un título rotundo, aborde el controvertido tema de la urgencia del cambio de paradigma en la Iglesia. La propia dinámica de la sociedad posmoderna está pidiendo a gritos dicha transformación y sería interesante aprovechar lo sembrado por el Vaticano II en esta dirección. Habría que favorecer y alimentar las propuestas del Concilio en torno a cuestiones tan vitales como la vivencia de la misma Iglesia desde una eclesiología de participación y comunión o el diálogo con el mundo, incluidas las otras religiones, en cuanto esencia del ser creyente y no simplemente como un elemento más.

Ya en el prólogo el propio autor presenta el plan del libro y su estructura general. Los cinco capítulos en que se divide pueden ser agrupados en dos partes fundamentales. Una primera, constituida por los dos capítulos iniciales, trataría de sacar a la luz la novedad de horizonte en el que la Modernidad ha situado a la religión. Para Torres Queiruga es evidente que el cristianismo debe vivir la Ilustración como un punto de inflexión en su historia. Las cosas ya no pueden volver a ser como antes.

Para afrontar este cambio de mentalidad, la teología —y con ella toda la experiencia religiosa— debería repensar las grandes cuestiones de la fe con arreglo a la nueva situación. Entre los planteamientos a revisar señala los conceptos de creación y de salvación. Ambos le parecen claves para afrontar los retos de la nueva sociedad. Porque, de una buena comprensión de los mismos, dependería la posibilidad de entender la realidad como un «todo» envuelto por la absoluta iniciativa divina. Si Dios ha creado (y sigue creando cada día) por amor, significa que nada de lo que existe queda fuera de su presencia. La creación sería en sí misma el primer acto salvador. En este sentido la palabra bíblica aparecería como la gran ayuda para descubrir esa Presencia que habita en todas las cosas. Según el autor, profesor de Teología Fundamental y de Filosofía de la Religión, esta idea respetaría al máximo el carácter autoverificativo de la religión oriental, la reivindicación moderna de autonomía subjetiva y la búsqueda posmoderna de experiencia directa e inmediata.

En esta primera parte Torres Queiruga se detiene en analizar otra cuestión en la que considera imprescindible realizar un giro radical: se trata del ámbito del lenguaje religioso. El «giro lingüístico» ha puesto de relieve la importancia del lengua-

je como mediación indispensable de toda realización espiritual y, por tanto, lo ha colocado en el punto de mira de los críticos que intentan garantizar una verdadera comunicación de lo religioso. A nadie se le escapa la dificultad intrínseca de todo lenguaje para expresar la Trascendencia, más aún, si dicho lenguaje se ha quedado anclado en las estructuras de pensamiento de otra época y de otra cultura. También en este campo es necesario introducir el cambio de paradigma.

Tres capítulos que desarrollan el tema de la nueva religiosidad, el problema de la infalibilidad y las tortuosas relaciones entre fe y ciencia, constituyen la segunda parte del libro. Este último bloque, más interesante y original, adolece quizá de cierta falta de unidad, pues parece que el único criterio por el que ha escogido los puntos concretos a desarrollar es simplemente el hecho de ser problemáticos. Pero ciertamente no son los únicos difíciles de integrar con el pensamiento posmoderno. En cualquier caso todas sus propuestas están traspasadas, en palabras del propio autor, por la siguiente hipótesis de trabajo: «la intuición básica capaz de contribuir hoy a la articulación de un nuevo paradigma de la espiritualidad humana es la del Dios que crea por amor». Sin embargo, siendo verdad que ese punto de partida podría desencadenar cambios importantes en el resto de planteamientos religiosos, no sería suficiente.—M.^a DOLORES L. GUZMÁN.

JOSÉ LUIS LARRABE, *Sínodos postconciliares de Roma*, Historia, Teología, Pastoral, Madrid, Institutos Pontificios de Teología y Filosofía, O.P., 2002, 432 pp.

Una publicación verdaderamente útil, rica y documentada. Su autor, José Luis Larrabe, Doctor por la Gregoriana de Roma, luego catedrático en la Universidad Pontificia Comillas y la Facultad de San Dámaso en Madrid, Miembro de los Congresos de Teología Patrística de Oxford, es párroco de Nuestra Señora de Covadonga en Madrid.

Presenta los Sínodos postconciliares —su historia, teología y pastoral— desde su gran conocimiento y su larga experiencia docente y pastoral. Esta obra puede ser de máximo interés para quien quiera volver la mirada a la fecundidad del Concilio Vaticano II y conocer todos los esfuerzos de actualización y desarrollo derivados de ese excepcional evento en la Iglesia, inspirado por el Espíritu y por aquel gran hombre que fue Juan XXIII, con su lema: «Demostrar al mundo la validez del mensaje cristiano.»

En un capítulo introductorio, el autor clarifica el sentido y alcance de lo que es un Sínodo eclesial: «caminar juntos» en materias tan importantes como las que se estudian y analizan allí y se muestran aquí con rigor científico y sentido pastoral. Viene luego la documentación sinodal postconciliar investigada con gran conocimiento del Vaticano II y de todos y cada uno de los Sínodos postconciliares en sendos capítulos de esta magna obra.

Junto a tantas luces, no deja de apuntar las dos lagunas o mejor deficiencias que los sinodales —y el propio Papa— han señalado en cada Sínodo: que el método es, sin duda, mejorable; y la corresponsabilidad eclesial, también. ¿Su contenido?